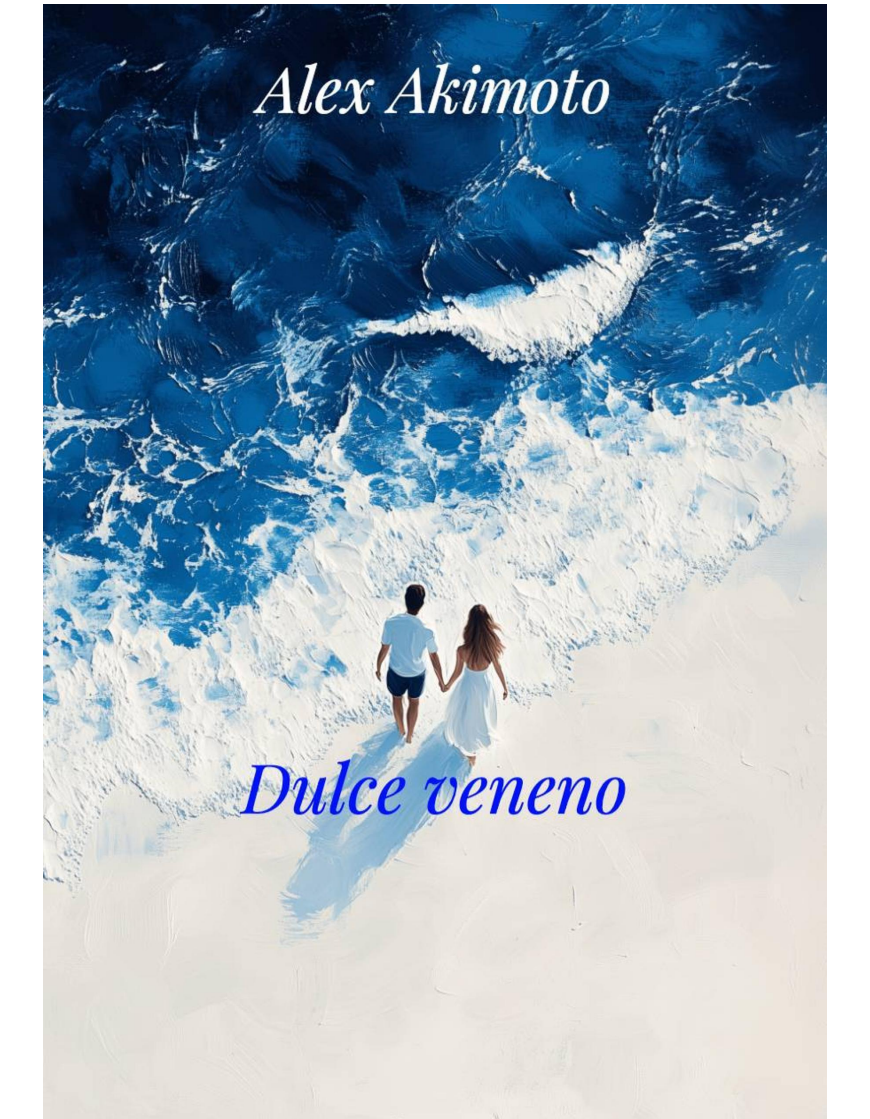


An aerial photograph of a man and a woman walking away from the camera on a bright, sandy beach. They are holding hands and walking towards a large, powerful blue wave that is crashing and creating white foam. The man is wearing a white t-shirt and dark shorts, and the woman is wearing a white dress. The scene is captured from a high angle, emphasizing the vastness of the ocean and the small scale of the couple.

Alex Akimoto

Dulce veneno

Alex Akimoto

Dulce veneno

<https://litres.ru/74385754>

SelfPub; 2026

Аннотация

París. Barrio del Marais. Una pequeña confitería con letras doradas: «Margot». Detrás del mostrador, Violeta, una joven de ojos verdes, prepara bombones siguiendo las recetas de su madre muerta. Con una sonrisa. Con amor.

Pero detrás de esa sonrisa hay una lista de siete nombres. Y un veneno escondido en el chocolate.

Violeta perdió a su madre cuando tenía nueve años. A Margot la traicionaron quienes ella llamaba amigos. Le arrebataron todo. Y Violeta creció con un solo deseo: cobrar la deuda. Uno por uno. Sin piedad.

Pero en su lista hay un séptimo nombre. Su padre. Aquel a quien nunca vio. Aquel a quien su madre amó toda la vida.

Cuando el Mayor Henri Duval recibe el caso de unas muertes misteriosas, no sabe que sigue la pista de su propia hija. Y que la ley y la conciencia se enfrentarán.

Una historia de venganza que se convierte en amor. De veneno que se convierte en medicina. De una mujer que nació dos veces.

Содержание

Глава	4
CAPÍTULO 1. LOS DULCES DE MARGOT	7
CAPÍTULO 2. HENRI	16
CAPÍTULO 3. EL ESCAPARATE	22
CAPÍTULO 4. LOS DOCUMENTOS	28
CAPÍTULO 5. DEVORADA POR LA DULZURA	33
CAPÍTULO 6. LA HERENCIA	38
Конец ознакомительного фрагмента.	43

Dulce veneno

Глава

Querido lector,

Este libro nació de una pregunta: ¿qué pasaría si el dolor pudiera convertirse en dulzura? ¿Qué pasaría si el veneno que llevas dentro pudiera transformarse en medicina? ¿Qué pasaría si la venganza no fuera el final, sino el comienzo del camino hacia ti mismo? Dulce veneno es la historia de una niña que lo perdió todo, y de una mujer que decidió recuperarlo todo. Sobre dulces que matan y sobre un amor que resucita. Sobre un París que respira y una Provenza que recuerda. Esta novela no es solo un thriller ni solo un melodrama. Es una historia sobre lo importante que es recordar quién eres. Y sobre que incluso después de la noche más oscura, siempre llega el amanecer. No sé qué buscas en este libro: emociones fuertes, metáforas hermosas o respuestas a preguntas que temes hacerte en voz alta. Pero sé una cosa: Violeta te encontrará si estás dispuesto a escucharla. Feliz lectura.

El autor

PRÓLOGO

La pastelería de Margot estaba en una calle tranquila del

barrio del Marais. El letrero blanco con letras doradas destellaba al sol cada mañana, y ninguno de los transeúntes sabía que detrás de ese hermoso escaparate se escondía la muerte.

Dentro olía a chocolate, a lavanda y a algo metálico, punzante, como el olor de la sangre vieja. Pero solo la propia Violeta percibía ese olor. Los clientes solo sentían la dulzura.

Violeta estaba detrás del mostrador. Sus dedos, cubiertos de harina y cacao, se movían con la precisión de un cirujano. El cabello recogido en un moño desordenado, en el rostro una sonrisa cálida. Parecía lo que debía parecer una joven dueña de una pastelería parisina: dulce, segura, inofensiva.

Susurraba para sí misma: *esto es por mamá*.

Cada día hacía eso. Cada caramelo, cada pastelito, cada amanecer, todo era por mamá. Por Margot, que cantaba mientras amasaba la masa y creía en la gente. Por Margot, a quien traicionaron aquellos en quienes confiaba. Por Margot, que murió en el frío suelo de la cocina, apretando la mano de su hija de nueve años.

Los clientes entraban al son de la campanilla, decían *buenos días*, *señorita*, y Violeta respondía *buenos días*. Recordaba todos sus nombres. Les sonreía cuando tomaban sus dulces.

Sabía: pronto tomarían el último.

Dentro de ella había una lista de siete nombres. Siete rostros. Siete muertes que aún no habían ocurrido, pero que ocurrirían. Los llevaba dentro tantos años que se habían vuelto parte de ella, como los huesos, como la respiración, como el corazón.

No sabía cuándo empezaría. Solo sabía que, cuando empezara, ya no se detendría.

Violeta miró el escaparate, los dulces que brillaban a la luz de la mañana, el letrero de *Margot* en letras doradas, y sintió cómo dentro de ella despertaba ese frío.

La vida dulce no siempre es dulce. Pero todo el mundo desea la dulzura.

CAPÍTULO 1. LOS DULCES DE MARGOT

Margot llamó a su hija, señalando la silla vacía junto a la ventana. Cuando Violeta se sentó, su madre se inclinó hacia ella, y la niña sintió el familiar olor a vainilla y algo más, un aroma punzante, apenas perceptible, parecido al de las monedas viejas, una nota metálica y sutil que aparece antes de la tormenta, cuando el aire se vuelve pesado y la inquietud crece.

En los ojos de Margot no había la ternura de siempre. Había aparecido una seriedad extraña, adulta, que hizo que Violeta se sintiera incómoda. Se estremeció, aunque en la cocina hacía calor.

Recuerda una cosa, dijo Margot, y su voz sonaba firme, aunque con un dejo de acero que la niña nunca antes había notado. Algunas personas fingen ser buenas. Pero la bondad y la justicia no son lo mismo. ¿Entiendes la diferencia?

Violeta dudó. Apretaba una servilleta entre los dedos, la arrugaba, tratando de encontrar una respuesta. Las palabras se le escapaban, como una anguila resbaladiza y fría que intentas sujetar y se te escurre.

No, mamá, admitió con honestidad, y su voz tembló porque sentía que su madre esperaba algo importante de ella, y ella no

sabía qué era.

Margot suspiró. Sus dedos, manchados de harina, se cerraron en un puño por un instante, y luego se relajaron.

La bondad es cuando sientes lástima por alguien. La justicia es cuando cada uno recibe lo que merece por derecho. Se inclinó más cerca, y Violeta sintió el calor de su aliento. No significa ser malo, significa ser honesto. Incluso si la verdad duele. Especialmente entonces.

Margot se levantó para recoger los platos de la mesa. Sus movimientos eran precisos y rápidos, habituados, perfeccionados por años de trabajo en esa cocina. Pero Violeta, que conocía cada costumbre de su madre, notó cómo su madre lanzó una mirada furtiva al reloj de la pared, tres segundos más de lo habitual. Como si no midiera el tiempo, sino los últimos minutos antes de algo inevitable que ya estaba en el umbral.

Fuera, los viñedos aún dormían bajo el cielo gris. Se extendían hasta el horizonte, desnudos después de la cosecha, y parecían huesudos como los dedos de una anciana que aprieta un hilo invisible. La luz se filtraba a través del cristal, pálida y fría, pero ya prometiendo la mañana, y caía sobre los moldes de cobre. Los moldes estaban sobre la mesa, oscurecidos por el tiempo, cubiertos por una fina capa de pátina noble. Recordaban las manos de tres generaciones: la abuela, la bisabuela, aquella cuyo nombre ya se había borrado de las crónicas familiares, pero cuyas manos una vez tocaron este metal, como ahora tocaban las manos de Margot.

En las paredes de la cocina colgaban viejas fotografías en marcos de madera. La bisabuela junto al horno, con el rostro serio y las manos manchadas de chocolate. La abuela con una bandeja llena de profiteroles, sonriendo a la cámara como si supiera que su sonrisa perduraría en los siglos. Mamá el día de la inauguración de la pastelería: joven, feliz, con los mismos ojos verdes que ahora miraban a Violeta. Todas sonreían igual, no solo con los labios, sino con la mirada, como si se transmitieran un secreto que Violeta aún tendría que descifrar. Y ese secreto flotaba en el aire como el olor a chocolate, que no se disipa ni siquiera después de que el horno se enfría.

Mamá, estás cantando otra vez, dijo Violeta, rompiendo el silencio.

Margot se volvió. Su rostro tenía una graciosa mancha de harina en la nariz —una raya blanca— y en la mejilla una huella de chocolate. El cabello recogido en un moño desordenado, con mechones oscuros que caían sobre sus hombros. Pero sus ojos, esos inconfundibles ojos verdes, profundos como los viñedos en agosto, cuando las uvas se llenan de savia, brillaban. Brillaban tanto que Violeta enmudeció, sintiendo que miraba algo infinitamente valioso que no podía espantarse con palabras.

Ven aquí, cariño, dijo Margot, dando una palmada en el borde del alto taburete de madera. *Ayúdame.*

Violeta subió obedientemente. Bajo sus dedos sintió la superficie rugosa de la madera, pulida por los años hasta quedar lisa, pero conservando el calor de las manos que la habían tocado

antes que ella. Frente a ella había masa: blanda, tibia, maleable. Olía a levadura, a nuez moscada y a algo dulce, como la mañana de un día de fiesta. Ese olor era familiar, se entretejía en sus sueños, en su infancia, en su memoria de lo que era ser feliz.

Margot separó un pequeño trozo y se lo tendió a su hija. Sus dedos se detuvieron un instante, como si no transmitieran solo masa, sino algo más grande.

¿Lo sientes? preguntó la madre, y su voz era un susurro, como si compartiera un secreto.

Violeta tomó la masa en sus palmas. Estaba viva. Sentía cómo respiraba, cómo el calor de su propia existencia palpitaba dentro de esa pequeña masa. Le pareció que si cerraba los ojos y escuchaba, podría oír un latido que se sincronizaba con el suyo propio.

Como arcilla, susurró Violeta con reverencia, y en su voz se oía un asombro casi sagrado. *¿Se puede moldear un mundo entero? ¿Verdad, mamá?*

Margot sonrió con esa sonrisa que no tocaba los labios, sino que brillaba desde dentro.

Se puede moldear cualquier cosa si se conoce el secreto, dijo, y sus dedos se posaron sobre los de su hija, guiando sus movimientos. Lo importante es recordar para qué lo haces. Un caramelo no es solo dulzura, es un mensaje. A veces trae alegría. Y a veces se lo lleva todo.

Violeta trabajaba concentrada, tratando de hacer su primer caramelo tan perfecto como los que yacían en los moldes sobre

la mesa. No entendía el significado de las palabras de su madre sobre el caramelo que podía arrebatarlo todo. Pero sentía una extraña solemnidad en el momento. La cocina había dejado de ser solo una cocina. Se había convertido en un templo donde se oficiaba un gran misterio, accesible solo para ellas dos.

Margot puso un molde de cobre sobre el fuego. La llama lamió ávidamente el fondo, quemando la ceniza gris que se depositaba en el metal tras cada hornada. La primera gota de chocolate líquido, espeso, brillante, negro como la noche antes del amanecer, resbaló lentamente por la pared, dejando tras de sí un rastro oscuro. El aire en la cocina se volvió pesado. Vainilla, caramelo, y algo más, apenas perceptible. Metálico. Punzante. Como el olor de una tormenta que está a punto de estallar, aunque el cielo exterior estaba despejado.

Mira cómo fluye, dijo Margot en voz baja, y su voz estaba llena de un extraño orgullo, como si le mostrara a su hija no solo chocolate, sino a sí misma. El chocolate nunca miente. Toma la forma que le damos, pero siempre sigue siendo él mismo. Incluso si lo escondemos detrás de capas de azúcar y nata.

Violeta intentó repetir el movimiento de su madre, alisando con cuidado la superficie de su pequeña creación. Pero sus dedos temblaban. Le daba miedo estropearlo, y ese miedo se transmitió a sus manos, volviéndolas torpes. La bolita de masa se aplastó traicioneramente bajo sus dedos, perdió su forma, se convirtió en un grumo informe.

Sollozó, apretando el caramelo arruinado en su puño.

Lágrimas calientes le quemaron los ojos. Le pareció que había destruido algo importante, algo que pertenecía a su linaje, a su historia, a la fuerza femenina de su familia.

Margot estuvo a su lado en un instante. Su mano se posó en el hombro de su hija, y con ese calor todo se hizo más llevadero. No dijo *no llores*. No dijo *lo lograrás*. Dijo lo que debía decir.

El error es parte del camino, Violeta. Lo importante es corregirlo a tiempo, antes de que sea demasiado tarde.

Tomó el caramelo estropeado de las manos de su hija y lo depositó en silencio en el cuenco común con el resto de la masa. No lo tiró. No lo juzgó. Simplemente lo puso allí, como un recordatorio de que incluso el fracaso tiene su lugar.

Violeta lo siguió con la mirada. En la pequeña cocina blanca, de repente hizo frío, aunque el fuego bajo la placa seguía ardiendo. Fuera, la luz se volvía más brillante, el sol se elevaba, y las motas de polvo bailaban en sus rayos como chispas doradas. Pero esa luz parecía apagada y ajena, como si perteneciera a otro mundo, no a este, su pequeño mundo donde sobre la mesa reposaba la masa y olía a infancia.

Mamá, quiero hacer dulces siempre. Toda la vida. Como tú, dijo Violeta, y en su voz no había un ruego, sino una firmeza que ella misma no esperaba.

Margot la miró largamente. Tan largamente que Violeta alcanzó a asustarse: ¿y si mamá decía que no? Pero mamá callaba, y en sus ojos había miedo, ese miedo que se apodera de las madres cuando ven en sus hijas su propio reflejo, cuando

saben que la hija repetirá su camino y no pueden hacer nada para evitarlo.

Harás dulces, dijo Margot en voz baja, casi en un susurro, y su voz temblaba. Pero no como yo. Tú los harás con amor. Yo los hago con memoria. Son cosas distintas. El amor es lo que das. La memoria es lo que llevas dentro.

Abrazó a Violeta. Fuerte, tiernamente, como se abraza a aquello que se teme perder. Y la niña enterró el rostro en el delantal de su madre, que olía a harina, a chocolate, a lavanda, y a algo innombrable y antiguo, quizás aquello que se transmitía de bisabuela a abuela, de abuela a Margot, y ahora a ella.

Afuera salía el sol. Rosado, cálido, prometedor. Los viñedos despertaban, los gorriones comenzaban a cantar, su gorjeo se extendía por el aire matutino. Margot tarareaba en voz baja una vieja melodía que Violeta había oído mil veces, pero cuyas palabras nunca recordaba. Ahora escuchaba y grababa cada nota, cada palabra, cada suspiro.

No sabía que pasarían veinte años y tendría que recordar ese día con precisión de segundos. Que estaría sola en la cocina fría, con su madre muerta entre sus brazos, repitiendo ese amanecer en su mente una y otra vez, intentando encontrar lo que había pasado por alto, lo que podría haber cambiado todo.

Por ahora, solo escuchaba. Y recordaba.

Violeta levantó la cabeza del delantal de su madre y la miró a los ojos. En voz baja, casi en un susurro, como preguntan los niños cuando sienten que la pregunta es importante, pero no

saben por qué:

Mamá, ¿y si nos quitan los dulces?

Margot se quedó inmóvil. Su abrazo, que envolvía a su hija, se tensó ligeramente, se volvió más firme, como si inconscientemente intentara proteger a la niña de algo que ya sabía. Su mirada se perdió más allá de la ventana, más allá de los viñedos, más allá del horizonte, hacia donde solo se veía el cielo y la luz temprana. Calló, y el silencio fue largo, infinito, viscoso como la miel que se endurece con el frío.

Violeta sintió cómo dentro de ella aparecía una escarcha. Como cuando el invierno llega de repente, sales sin guantes, y el frío te muerde los dedos, y no puedes calentarte porque no sabes cuándo terminará.

¿*Mamá?* repitió Violeta, y su voz se volvió más aguda.

Margot miró a su hija. Su rostro cambió: la máscara cayó, y por un segundo Violeta vio algo que no era miedo, ni dolor, sino otra cosa que no supo nombrar. Y casi de inmediato su madre sonrió. Esa misma sonrisa que brotaba de sus ojos, que calentaba y decía: *todo irá bien, cariño. Estoy aquí.*

Pero Violeta ya había aprendido a notar lo que había bajo la sonrisa. Sintió la sombra que cayó sobre el rostro de su madre, como una nube al amanecer, cuando el sol aún no ha salido, pero ya está cerca. Y entendió que mamá sabía algo. Algo que no decía. Algo que le daba miedo pronunciar en voz alta.

Nadie nos quitará los dulces, cariño, dijo Margot en voz baja. Nadie.

Volvió a abrazar a su hija, la apretó contra sí, y Violeta apoyó la mejilla en el hombro de su madre, respirando el aroma familiar de la cocina, un aroma que no solo olía a dulzura, sino al legado de generaciones de mujeres. Un aroma que la acompañaría para siempre, incluso cuando su madre ya no estuviera.

Afuera se encendía el amanecer. Los viñedos se teñían de ámbar, aunque el otoño dorado aún estaba lejos. Los gorriones gorjeaban cada vez más fuerte, como si quisieran despertar al mundo entero. Y todo era como siempre, y completamente diferente.

Violeta no sabía por qué, pero sentía, como los niños sienten la proximidad de una tormenta. Con el corazón. Pero sin poder decirlo con palabras.

Eso sería después.

Ahora era el amanecer. Y las manos de su madre. Y el silencio de la felicidad infantil. Y el amor maternal, que, como descubriría más tarde, nunca desaparece. Solo toma otra forma.

Y entonces llegó Henri.

CAPÍTULO 2. HENRI

Henri Dubois apareció en el pueblo en otoño, cuando los viñedos ya habían dado todo lo que podían, y las vides estaban desnudas y oscuras, como las venas de un viejo caballo cansado. El aire olía a hojas caídas y a humo de las chimeneas. Margot hacía dulces al amanecer, como siempre, y no sabía que ese amanecer era diferente a todos los anteriores. En algún lugar del camino que llevaba desde la estación, ya caminaba un hombre que lo cambiaría todo. No poco a poco, ni suavemente, sino con la inevitabilidad con que el agua se filtra a través de las grietas de un muro, derrumbándolo desde dentro.

Violeta tenía siete años y tres meses. Estaba sentada en el alféizar de la ventana de la cocina, balanceando las piernas en el aire, y miraba cómo su madre extendía la masa. Margot tarareaba en voz baja una vieja canción provenzal sobre uvas y amor, la que cantaba su abuela, y la suya antes. La voz era baja, pero cálida, y a Violeta le parecía que su madre cantaba no para sí misma, sino para la masa, para el chocolate, para los moldes de cobre que se calentaban en la cocina. Ponía en cada nota su alma, y la cocina respiraba con esa música, como respira un organismo vivo, como respira un corazón cuando está lleno de amor.

Y de repente, la voz se cortó. No terminó la canción. No completó la frase. Simplemente se rompió, como una cuerda que

se corta con un cuchillo.

Violeta levantó la cabeza. Su madre estaba junto a la mesa, sosteniendo un rodillo en las manos, y miraba por la ventana. Su rostro estaba tranquilo, demasiado tranquilo para alguien que acababa de interrumpir una canción a mitad de frase. Pero Violeta notó cómo las manos de su madre se detuvieron sobre la masa un instante más de lo necesario. Cómo sus dedos se apretaron ligeramente alrededor del mango de madera. Cómo su respiración se volvió más profunda.

Mamá, alguien viene, dijo Violeta.

Margot no respondió. Miró por la ventana, y Violeta siguió su mirada. Por el camino que llevaba desde la estación venían dos personas. Uno era alto, delgado, con un traje gris y un maletín en la mano, zapatos lustrados que brillaban incluso en el camino polvoriento. La otra era una mujer, con un vestido llamativo, rostro sonrosado y una sonrisa familiar, demasiado familiar.

Luisa. La amiga de su madre. La que venía todos los jueves, tomaba té, abrazaba a Violeta y decía: *qué bonita eres, igual que tu madre*. Luisa caminaba junto al desconocido, sonreía y saludaba con la mano hacia la casa. Llevaba un vestido nuevo, llamativo, poco habitual para una mujer de pueblo, de esos que se usan en la ciudad, en una fiesta, en un encuentro que cambiaría la vida.

Violeta miraba a Luisa y sentía frío. No por el viento, sino por su sonrisa. Por cómo la amiga de su madre se alisaba el pliegue de la manga: un gesto lleno de orgullo y vanidad. No

solo caminaba, caminaba con aire de triunfo. Como si ya supiera cómo terminaría ese día.

Luisa, dijo Margot, y en su voz asomó una leve sombra de sorpresa. *Y con ella alguien.*

¿La tía Luisa? preguntó Violeta. *¿Y quién es él?*

Margot no respondió. Estaba junto a la ventana y miraba cómo se acercaban las figuras, y en su mirada apareció esa extraña mezcla de curiosidad y ansiedad que Violeta no podía comprender, pero sentía en la piel. Sabía que ese hombre que caminaba por el camino no era solo un visitante. Era un presagio.

Henri se acercó a la casa. Violeta lo vio caminar con paso firme, sin dudar, como alguien acostumbrado a que las puertas se abran ante él. Llamó a la puerta tres veces. Corto. Práctico. Como alguien que no duda de que lo dejarán entrar.

Margot se secó las manos en el delantal, dejando rayas oscuras de chocolate, y fue a abrir. Violeta saltó del alféizar y corrió tras ella, escondiéndose detrás de la espalda de su madre, como hacía siempre que sentía que algo desconocido y peligroso entraba en casa.

Henri estaba en el umbral. Alto, delgado, con el cabello oscuro peinado hacia atrás, con un rostro que podría haber sido hermoso si no fuera por el frío en sus ojos. Vestía un traje gris impecablemente planchado y sostenía un maletín de cuero. En su muñeca brillaba un reloj caro, pero las agujas estaban paradas. Se había olvidado de darle cuerda. O no le importaba.

Sonrió con una sonrisa profesional, que solo tocaba los labios,

sin llegar a los ojos. La sonrisa de alguien que sabe que es más fuerte y no teme demostrarlo.

Señora Laurent, me llamo Henri Dubois, represento a la firma Dubois y Asociados, dijo con voz suave. La voz era demasiado suave, como un guante puesto sobre una mano de acero. Luisa me ha hablado de sus dulces. Me gustaría hablar con usted.

Margot miró a Luisa. Luisa estaba un paso detrás de Henri, sonriendo ampliamente, y sus ojos brillaban como los de alguien que acaba de ganar algo importante.

Margot, es Henri, dijo, y su voz sonaba demasiado alta, demasiado alegre, como si intentara convencer no solo a Margot, sino también a sí misma. Quiere ayudar. Quiere que tus dulces sean conocidos más allá del pueblo. Escúchalo cinco minutos. Si no te gusta, yo misma lo echo.

Margot estaba en la puerta, con las manos manchadas de harina, el delantal sucio de chocolate. Miró a Luisa, y en sus ojos había esa confianza que siempre había sido su debilidad. Veía lo que quería ver: no traición, no cálculo, sino apoyo. Por eso abrió la puerta. No porque confiara en el desconocido, sino porque confiaba en su amiga.

Pero Violeta lo notó. Vio cómo los ojos de Luisa recorrieron el escaparate de dulces, luego la caja registradora, luego el letrero. Y en esos ojos no había admiración, solo cálculo. Frío, preciso, como el peso en una balanza de farmacia.

No busco socios, dijo Margot. No necesito un socio. Necesito mis manos y mis moldes, los que me dejaron mi madre y mis

abuelas. Eso me basta.

Henri sonrió de nuevo. Su mirada recorrió la cocina: los moldes de cobre sobre la mesa, el escaparate con dulces, el letrero sobre la puerta. Por un instante se detuvo en las fotografías de la pared, en las mujeres de la familia Laurent que sonreían desde las imágenes amarillentas. Y en sus ojos apareció algo que no era respeto ni admiración, sino un cálculo rápido y preciso, como si estuviera tasando una mercancía en un estante.

No propongo quitarle nada, señora Laurent, dijo, y su voz se volvió aún más suave, como la mantequilla que se unta sobre el pan para ocultar el amargor. Propongo darle lo que no tiene. Un escaparate. Un nombre en el letrero. Suministros a restaurantes. Pedidos desde París. Sus dulces merecen más. Y el mundo no viene solo. Hay que traerlo. Y yo sé cómo.

Hizo una pausa. Sus dedos, largos y delgados, rozaron la encimera, recorrieron la madera, evaluando la calidad. Como si ya estuviera calculando cuánto podía valer esa cocina en el mercado.

No le pido nada, señora Laurent, añadió, y su voz se volvió casi cariñosa. Le pido que me permita ayudarla.

Margot callaba. Violeta vio cómo en los ojos de su madre temblaba algo: curiosidad mezclada con esperanza. Quería creer. Siempre había querido creer. Desvió la mirada hacia Luisa, y Luisa asintió en silencio, casi imperceptiblemente, pero lo suficiente para que Margot lo viera.

Lo pensaré, dijo Margot finalmente. No estoy preparada para

responder ahora. No prometo nada.

Henri sonrió con esa sonrisa que era cortés, pero que no tenía ni una pizca de calidez. Dejó sobre la mesa una tarjeta de visita: blanca, lisa, con letras doradas que brillaban a la luz de la mañana.

La esperaré, señora Laurent, dijo. Estoy seguro de que tomará la decisión correcta.

Se giró y se fue. Luisa se fue con él. Violeta miró por la ventana cómo se alejaban por el camino. Luisa caminaba junto a Henri, demasiado cerca, y le contaba algo mientras reía. Su risa resonaba en el aire fresco del otoño: alta, alegre, ajena. Violeta miraba esa risa y sentía cómo en su pecho se extendía algo frío y viscoso, como melaza que se endurece con el frío.

Miró la tarjeta sobre la mesa, las letras doradas, el nombre que no le decía nada. Pero lo recordó. Lo recordó como se recuerda el olor a humo antes de un incendio. Lo recordó como se recuerda el rostro de un enemigo al que aún no has conocido, pero del que ya sabes que vendrá.

Mamá, dijo en voz baja. ¿Quién es ese hombre?

Margot tomó la tarjeta, la miró, y su rostro se puso un poco más pálido de lo habitual. En su frente apareció una fina arruga, la que aparece cuando no sabes a quién creer.

Nadie, hija, dijo, y guardó la tarjeta en el bolsillo del delantal. Solo un hombre que quiere usarnos.

Pero su voz tembló. Y Violeta lo oyó.

CAPÍTULO 3. EL ESCAPARATE

Seis meses después, la pastelería tenía un hermoso escaparate. No de repente, no por arte de magia, sino poco a poco, como el amanecer desplaza a la noche, sin que lo noten quienes no miran. En la calle, en el centro del pueblo, se alzaba un rectángulo de cristal, y en él, como en el escaparate de un joyero, lucían caramelos, pasteles, tartas de bizcocho, profiteroles. Bellotas de chocolate se apilaban en grandes montones sobre bandejas de plata, y la luz jugaba en sus costados lisos, convirtiendo los dulces en pequeñas obras de arte dignas de un museo. Y sobre ellos brillaba el letrero con letras doradas: *Margot Laurent. Dulces artesanales. Desde 1962.*

Violeta miraba ese nombre en el cristal. Estaba frente al escaparate y su corazón se llenaba de orgullo. Ese nombre era la historia de su familia, de su linaje, de la fuerza femenina que se transmitía de generación en generación. No sospechaba que muy pronto le arrebatarían ese nombre a su madre, y luego también a ella.

Henri venía ahora todos los días. Por las mañanas, cuando Margot aún hacía dulces, él se encerraba en el despacho instalado en la habitación trasera, detrás de la cocina. Sobre la mesa había papeles: montones, carpetas, sobres que crecían cada día. Henri escribía, contaba, llamaba por teléfono, hablaba con alguien en

tonos elevados, midiendo la habitación con sus pasos, arrastrando ligeramente los pies sobre las tablas del suelo que crujían. Violeta, al pasar, oía palabras desconocidas: distribución, margen, derechos exclusivos. No entendía el significado de esas palabras, pero sentía cómo cambiaban la casa, arrebatándole parte de su alma.

Margot empezó a cantar con menos frecuencia. Su voz sonaba más baja, y solo cantaba por las mañanas, antes de que llegara Henri, como si la canción fuera un tesoro que no debía mostrarse a extraños.

Junto a Margot estaba siempre Luisa, su amiga, y Margot confiaba en ella como en una hermana, contándole no solo los secretos de los dulces, sino también todo lo que podía habitar en el alma de una mujer. Luisa venía todos los jueves, se sentaba en la cocina, tomaba té, miraba cómo Margot amasaba la masa y decía: *qué talentosa eres, Margot, qué manos tienes, te mereces París*. Margot sonreía y agradecía, sin saber que cada palabra, cada secreto confiado a su amiga, Luisa se lo llevaba a Henri. Las sonrisas de Luisa eran una máscara, y su compasión, un cálculo. Ansía todo lo que pertenecía a Margot, todo lo que ella misma nunca tuvo. Y la envidia de una mujer así no conoce límites.

Cuando llegaba Henri, Luisa se quedaba en la cocina, tomaba la mano de Margot y susurraba: *es un buen hombre, no tengas miedo, estoy aquí*. Margot no creía en Henri, creía en Luisa. Y Luisa decía: *soy tu hermana, no te traicionaré*. Y Margot no sabía que Luisa no quería los dulces, quería la vida de la propia Margot.

La tía Claire, hermana mayor de su madre, venía una vez al mes, siempre con un moño apretado en el cabello y los labios fruncidos, como alguien que sabe mucho, pero espera a que le pregunten. Miraba a Henri, y en sus ojos Violeta leía la misma desconfianza con que se mira el cielo antes de una tormenta. La tía Claire no confiaba en él, pero su madre solo sonreía en respuesta: *todo está bien, Henri es un buen hombre, Luisa lo dice.*

Una vez, cuando Henri salió a fumar, la tía Claire se inclinó hacia Margot y habló en voz baja. Violeta estaba detrás de la puerta, con el oído pegado al marco de madera.

Te lo ruego, hermana, ten cuidado, dijo la tía Claire. No le des más de lo necesario. No entregues ni las recetas ni tu nombre.

Él no quita nada, Claire, respondió su madre. Ayuda. Me da lo que yo no puedo darme a mí misma. Luisa dice que es un buen hombre. Luisa no miente.

Luisa, repitió la tía Claire, y en su voz sonó amargura. ¿Estás segura de que no tiene su propio interés? No todo lo que está cerca es amigo, Margot. No todo lo que brilla es oro.

No conoces a Luisa, Claire. Es mi hermana. No me traicionará.

La tía Claire apretó los labios y no dijo una palabra más. Se fue y nunca volvió a advertirle. Sabía que era inútil advertir a quien no quiere escuchar.

Violeta tenía ocho años y medio cuando vio por primera vez cómo Henri firmaba papeles. Era tarde en la noche, Violeta se levantó a beber agua y, al pasar junto a la puerta entreabierta del

despacho, se detuvo. Henri estaba sentado tras la mesa, frente a él había montones de papeles, y los firmaba uno tras otro con mano rápida y segura, sin siquiera leerlos. Violeta miraba esa mano y pensaba: mamá no firma. Mamá hace dulces, mamá canta, mamá no se sienta a escribir. ¿Y por qué Henri firma con la firma de mamá?

Esa pregunta la atormentaba, porque en aquellos años tempranos ella dibujaba muy bien. Margot siempre admiraba sus dibujos, especialmente los hechos de memoria, y siempre decía: *hija, ¿cómo pudiste recordar ese detalle? Es imposible*. Y después de que Margot, al escribir una carta a la abuela lejana que vivía en algún lugar lejos de ellas, firmara con su rúbrica y dijera: *Siempre tuya, Margot*, la hija le dijo: *mamá, yo también quiero aprender a firmar como tú*. Y Margot, con una sonrisa y calidez, le mostró y le explicó qué era la rúbrica de una persona. Por eso Violeta sabía cómo firmaba su madre. Y le resultaba muy desagradable ver cómo Henri escribía el nombre de su madre y luego hacía una rúbrica que no se parecía en nada a la de ella.

La pregunta se instaló en ella como una piedra pesada y permaneció allí, esperando su hora.

Violeta volvió a la cama y escuchaba cómo respiraba la casa: crujían las tablas del suelo, susurraba la tela, goteaba el agua en algún lugar. Pero entre todos esos sonidos había uno claro: el chirrido de la pluma sobre el papel. Un sonido ajeno, que no pertenecía a esa casa. Violeta lo escuchó y no pudo dormir durante mucho tiempo, sin sospechar que ese sonido resonaría en

su memoria durante siete años, y que un día tomaría un caramelo y pondría dentro lo que mata.

La pastelería crecía. Henri trajo clientes de Lyon, luego de París, y los dulces de Margot, que antes solo se conocían en los alrededores, ahora se conocían en las ciudades. La gente venía por ellos, hacía cola frente al escaparate, decía: *qué dulces tan maravillosos, qué pasteles tan hermosos, qué manos, qué amor*. Margot sonreía y agradecía, sin saber que el amor que ponía en los dulces ya no le pertenecía. Los papeles que firmaba Henri se habían llevado no solo su nombre, sino todo lo que ese nombre significaba.

Violeta veía cómo su madre cambiaba lentamente, como cambia la luz en una habitación cuando el sol se esconde tras las nubes. No notas el momento en que oscurece, solo ves que la luz ya no es tanta. Margot se volvió más callada, miraba menos por la ventana, se detenía más tiempo sobre el molde, como si no supiera qué verter en él. Su voz sonaba cada vez más baja, y Violeta escuchaba cómo aparecía una pausa donde antes había una nota. Esa pausa no era silencio, era un vacío que crecía inadvertido, pero inevitable.

Al otro lado de la ventana, los viñedos dormían y despertaban, el invierno sucedía al otoño, la primavera al invierno, y Violeta cumplió nueve años. La pastelería brillaba en el escaparate con letras doradas, y el nombre de su madre estaba en el cristal, y parecía que siempre sería así. Violeta lo creía, como creen los niños, con todo el corazón, sin mirar atrás. No sabía que

el tiempo de la fe y la fiesta estaba llegando a su fin, que los documentos sobre los derechos de Margot ya estaban en el maletín de Henri, y que el billete a París también estaba comprado. Y el nombre en el cristal se convertiría en un sonido vacío.

Todo empezaría cuando Margot viera los papeles en la cama y Violeta dijera: *mamá, necesito mostrarte algo*.

Pero eso sería después. Ahora era la noche, la cocina, la masa y las manos de su madre. Henri estaba en el despacho con la puerta que se abría sola, y Luisa sostenía la mano de su madre y susurraba: *todo irá bien, Margot, estoy aquí, no te traicionaré*. Violeta extendía la masa lenta y torpemente, y no le obedecía. Margot la miraba y sonreía, y su voz sonaba, interrumpiéndose antes del final, como siempre se interrumpía. Violeta no preguntaba por qué. Ya sabía: el final es un nombre, y el nombre es la muerte. No quería que su madre muriera, y por eso su madre no terminaba la canción. Y eso estaba bien. Y eso era felicidad.

CAPÍTULO 4. LOS DOCUMENTOS

Violeta estuvo a punto de decirle a su madre durante tres días. No de inmediato, esperó el momento adecuado, como un pequeño depredador agazapado en una emboscada. Una mañana, mientras Margot hacía dulces y su voz sonaba inusualmente baja, Violeta estaba sentada en el alféizar de la ventana, miraba las manos de su madre y pensaba: cómo decirlo, y si decirlo. El día entero pasó en reflexiones, el atardecer la sorprendió bajo el limonero, y miró el cielo rosado tratando de encontrar las palabras adecuadas. Pero las palabras no llegaban, porque hay cosas para las que no existen palabras, solo hay que abrir la boca y dejarlas caer, como una piedra que se suelta de la mano.

Al cuarto día se atrevió a decirlo en el dormitorio, donde Margot se peinaba antes de dormir, con el cabello oliendo a lavanda y leche tibia.

Mamá, necesito mostrarte algo, dijo Violeta en un susurro apenas audible.

El peine se detuvo en su mano, y sus ojos verdes, exactamente iguales a los de su hija, la miraron con amor y atención maternal.

¿Qué pasa, cariño? preguntó Margot.

Violeta sacó los documentos del bolsillo y los puso sobre la cama entre ellas, como se coloca la verdad entre dos personas que se aman, sabiendo que esa verdad las separará. Y Violeta

sabía que después de esa verdad, nada volvería a ser como antes.

Margot tomó los papeles en sus manos y los acercó a sus ojos. Mientras leía, sus manos comenzaron a temblar, luego a agitarse, su rostro se volvió blanco como la leche derramada sobre un mantel blanco, su respiración se hizo entrecortada y profunda, y se quedó inmóvil, como alguien a quien han golpeado en el corazón.

Esto no es una sociedad, mamá, dijo Violeta. Es una cesión total e irrevocable a Henri de todo lo que tienes. Esta pastelería, todas las recetas y tu nombre. Mamá, sé que no firmaste nada. Tú hacías dulces, y esta no es tu firma. Él lo firmó todo por ti. Henri.

Margot permaneció en silencio durante mucho tiempo, tanto que Violeta pensó: mamá no oye, mamá no entiende, mamá no quiere entender. Pero luego Margot habló en voz baja, como si no hablara con su hija, sino consigo misma, como si intentara convencerse a sí misma:

Henri no es así, dijo Margot. Henri no pudo. Henri me quiere. Henri me respeta. Henri no me habría quitado lo que construí.

Y entonces Margot dijo lo que Violeta no esperaba. No habló de Henri. Habló de Luisa.

Luisa dice que Henri es un buen hombre, dijo Margot. Luisa lo conoce. Luisa no traicionará. Luisa es mi amiga.

Violeta miró a su madre y comprendió: nueve años son suficientes para entender lo principal, pero no suficientes para cambiar su pasado. Y lo principal era que su madre no creía, no

por estupidez ni por debilidad, sino porque su amiga se lo había dicho. Y una amiga no miente. Y una amiga no traiciona. Y una amiga ama. Y Violeta quiso decir: mamá, Luisa miente. Luisa traiciona. Luisa quiere tu vida. Luisa le contó todo a Henri. Luisa lo trajo a ti. Luisa te vendió. Pero no lo dijo, porque nueve años son muy pocos para destruir la fe de una madre en su amiga, y demasiados para callar. Y Violeta calló, y ese silencio lo llevaría dentro durante siete años, como una piedra en el pecho que pesa, impide respirar, no deja dormir, que se convierte en parte de ella, como una cicatriz se convierte en parte del cuerpo.

Mamá, mira la firma, dijo Violeta. No es tu firma. Es su mano. Yo lo vi firmar todos los días en el despacho, en nuestra mesa. Lo vi, mamá.

Margot miró fijamente y durante mucho tiempo la firma, y luego su mirada cambió, y apareció en ella algo que Violeta nunca antes había visto: miedo. Y el mundo que habitaba en su alma comenzó a agrietarse, y en lugar del olor a dulzura, apareció el olor a ceniza quemada, a polvo gris que carcomía el alma.

Hablaré con él, dijo Margot con voz ausente. Cuando vuelva, hablaré con él. Henri no es así. Él dirá que es un error. Yo confío en él.

Violeta asintió indiferente, sin atreverse a destruir la fe de su madre en la bondad, que era una mentira, engendrada por las manos de Henri y la lengua de Luisa.

Él regresó dos días después, ya no con el traje gris de antes, sino con uno negro riguroso, y no con una sonrisa, sino con un

maletín y los ojos fríos de alguien que ha tomado una decisión irrevocable. Y junto a él estaba Luisa, vestida de rojo, de ese rojo que se usa cuando se va a tomar lo que se ha deseado durante mucho tiempo. El vestido rojo ceñía su cuerpo. Violeta miraba ese vestido y comprendía: no era el vestido de una amiga, era el vestido de una depredadora que finalmente había atrapado lo que cazaba. Luisa sonreía, y Violeta miraba esa sonrisa y sentía cómo en su corazón infantil nacía un sentimiento que no podía nombrar, pero que siete años después se convertiría en el quinto nombre de su libreta: Luisa, y ese nombre lo escribiría primero, con mano firme.

Y Margot lo recibió, lo abrazó y lo besó, y le preguntó: ¿cómo fue el viaje? Henri respondió: bien, exitoso, estamos creciendo, y sonrió con esa misma sonrisa que no llega a los ojos.

Violeta miraba en silencio desde el pasillo, como se mira a un depredador que ha destruido muchas vidas pero aún no lo reconoce, como se mira al mal que aún no sabe que es malo. Junto al depredador estaba Luisa con el vestido rojo, y Violeta la miraba, grabando cada detalle: el pliegue del vestido rojo, la sonrisa, la mirada.

Por la noche, Violeta no dormía, escuchando los sonidos de la casa, y le sorprendió que del despacho de Henri no llegara ni un solo sonido, ni el susurro de papeles, ni el chirrido de la pluma. Violeta se levantó silenciosamente de la cama y salió al pasillo. El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos, la luna brillaba fría a través de la ventana, y a su luz todo parecía tallado en plata

de mesa. Se acercó a la puerta entreabierta del despacho, y por la rendija caía una franja de luz cálida de la lámpara de mesa, iluminando a Henri sentado tras la mesa. Frente a él estaban el pasaporte y los billetes a París a dos nombres: Henri Dubois y otro, femenino, que Violeta no conocía. Y lo único que Violeta entendió: esa mujer no era su madre. Esa mujer era aquella por la que Henri se iba, aquella por la que le quitaría todo a su madre.

Violeta, sin hacer ruido, observaba y grababa cada detalle: el nombre y la fecha, para no olvidar y devolver a todos hasta el último, para que cada nombre en su libreta no fuera solo un nombre, sino una sentencia. Volvió a su habitación y se acostó, cerró los párpados y no lloró, sabiendo que lloraría después, cuando llegara su momento, cuando el mundo se derrumbara y la voz de su madre enmudeciera.

Por ahora, yacía y escuchaba la casa, y oyó cómo Henri cerraba su maletín con suaves clics y apagaba la luz del despacho al irse. Y Violeta entendió que mañana terminaría todo lo que había sido dulce y se llamaba infancia junto a su madre. Pero eso sería mañana, y hoy era la noche, y la luna, y los billetes a dos nombres, y el silencio dejado por un ladrón que había huido a escondidas, y el vestido rojo de Luisa, que se había deslizado por el pasillo cuando Luisa se fue tras Henri, sin mirar atrás, sin despedirse, sin decir gracias.

CAPÍTULO 5. DEVORADA POR LA DULZURA

Margot lo supo al amanecer. No por Violeta, sino por la vida misma, que arrebató sin previo aviso.

Henri se había ido aquella noche, silenciosamente, como un ladrón que ha robado un alma, sin dejar nada más que el olor del traje gris y un vacío resonante. Donde antes estaban el despacho y la mesa tras la que se sentaba quien había dado esperanza, solo quedaban trozos de papel con el nombre de Margot, que ya no le pertenecía.

Margot se levantó por costumbre al amanecer y fue a la cocina, puso agua a calentar, sacó mecánicamente la harina y la miel de lavanda, y comenzó a preparar la masa para los dulces, como hacía cada día desde hacía muchos años. No sentía que aquel fuera su último día, que sus hábiles manos, que olían a la amargura dulce del chocolate y la almendra, nunca más tocarían la masa aceitosa que da vida.

Violeta despertó por el silencio opresivo que llenaba la casa enfriada. Salió de su habitación y, al llegar a la cocina, vio la figura silenciosa de su madre, inclinada sobre los moldes de cobre oscurecidos que recordaban cada toque de las manos de todas las generaciones de mujeres de su linaje. Margot estaba de

pie en silencio, conteniendo la respiración. No hacía dulces, solo miraba el viejo molde que descansaba sobre la mesa junto a la ventana.

¿Mamá? dijo Violeta casi en un susurro.

Margot seguía de pie, mirando fijamente un punto. Afuera cantaban los pájaros y salía el sol, rosado, cálido como las manos de su madre, y nadie notó cómo el mundo se derrumbaba, como la canción interrumpida de su madre.

¿Mamá, qué pasó? gritó Violeta más fuerte.

Margot se volvió lentamente, como despertando de una pesadilla, sin saber dónde estaba ni quién era, con los ojos abiertos a un vacío y el rostro del que habían extraído todo excepto la respiración y un dolor creciente.

Se fue, dijo Margot en voz baja. Se llevó todas mis recetas, la pastelería e incluso mi nombre a París, con otra mujer. Y ahora solo me queda la voz que una vez cantó para ti, hija mía, y estos moldes.

Violeta abrazó con ternura a la persona más amada y valiosa del mundo: su madre. Margot no lloró, solo permaneció en los brazos de su hija de nueve años, descalza, que la miraba a los ojos con sus grandes ojos verdes y veía que su madre ya no volvería a ser la misma, que su madre ya no cantaría ni haría dulces.

Y Violeta esperaba que llegara esa misma Luisa, que había hecho un juramento de amistad y lealtad, que había dicho: soy tu hermana, no te traicionaré. Esperaba que Luisa llegara y se sentara junto a ella, tomara la mano de su madre y dijera: perdón,

no quise. Pero Luisa no llegó. Ni ese día, ni el siguiente, ni al funeral, ni cuando Violeta estaba sola junto a la tumba y no sabía cómo seguir viviendo. Luisa desapareció, olvidando los juramentos de palabras. Porque la envidia femenina no conoce límites. La que ayer abrazaba y decía *soy tu hermana*, hoy no vendrá al funeral, temiendo ver en el ataúd lo que ella misma pronto será.

Los días pasaron. Margot no salía de la cocina, pero tampoco hacía dulces. Ya no cantaba, y se sentaba largas horas junto a la ventana abierta que miraba a los viñedos con uvas que se llenaban de savia, que debían ser la base de los famosos dulces hechos por las manos de Margot. Ahora miraba a lo lejos, donde terminaba su felicidad.

Violeta venía cada día, cada amanecer, cada atardecer, trayendo comida, agua, pan, queso, todo lo que su madre solía comer cuando era ella misma. Margot comía mecánicamente, sin sentir ni el olor ni el sabor, sin sentir nada más que el vacío que la quemaba por dentro, y el dolor que estaba en todas partes.

Violeta no mostraba sus lágrimas a nadie. Lloraba por la noche, en el silencio de su habitación, con el rostro hundido en la almohada, ahogando sus lágrimas y sus gritos en el silencio, sabiendo ya que había perdido a su madre y que no podía hacer nada.

Pasaron varios meses. Margot se apagaba como una vela. Durante todo ese tiempo, no salió ni una vez a la calle, no pronunció ni un sonido, y solo a veces miraba con nostalgia a

su hija. Apenas comía, solo bebía agua de manantial, deteniendo su mirada en la taza donde temblaban los restos. Esperaba en silencio y sabía que se estaba muriendo, y su principal dolor era la idea de que no había dado a Violeta el futuro con el que soñaba cada día, que soñaba con su felicidad, con los nietos que llenarían esta casa de risas, y con su vejez feliz junto a la flor más amada de su vida, Violeta.

Al cuarto mes, a las tres de la madrugada, justo antes del amanecer, Margot cantó. Cantó en el silencio del mundo dormido, antes de que despertara todo lo vivo en su jardín y en su casa. Violeta, al oír la voz de su madre, despertó con alegría y salió corriendo a la cocina, donde Margot, ya con la harina, la almendra, el cacao y la miel de lavanda, comenzó a amasar la masa y a preparar los moldes para los dulces, como hacía antes, colocando la mezcla preparada en los viejos moldes de cobre oscurecidos por el tiempo. Margot cantaba en voz baja, no tan fuerte, pero con amor, como en los viejos tiempos.

Margot terminó la última nota, y su voz se apagó. Respiró hondo, se volvió hacia Violeta, que la abrazaba como un pajarito que protege a sus polluelos, y tomando el rostro de su hija entre sus manos cálidas y aromáticas, impregnadas del olor a chocolate y almendra, dijo, mirando tiernamente sus ojos verdes como uvas maduras:

Hija mía, amor mío, he terminado. Soy libre. Te quiero más que a mi vida, y mi amor quedará contigo. En tu voz, en tu memoria, en tus ojos esmeralda, permaneceré contigo hasta tu

último aliento.

Y Margot cayó a los pies de su hija, suavemente, como cae un pétalo de rosa sobre la tierra cálida, impregnada del olor a miel, nueces, chocolate y lavanda, junto a los moldes de cobre que había heredado.

Y Violeta cayó de rodillas junto a su madre y, tomando su mano y apretándola contra sus labios, lloró: mamá, despierta, no te vayas de mi lado, porque tengo tanto miedo y estoy tan sola sin ti, y no hay nadie en la vida más querido que tú, mamá. Y yo también quiero dormirme contigo, mamá, en nuestra cama. Pero su madre yacía sin aliento, y su cuerpo se enfriaba, y Violeta pasó toda la mañana así, sentada junto a su madre muerta, con los labios pegados a sus manos.

En el jardín cantaban los pájaros. El mundo, fragante de vida, despertó y no sabía que allí, junto a la ventana abierta, en el suelo, yacía una mujer muerta y fría en los brazos de su hija, que había prometido vengar a su madre, a quien habían matado quienes no tenían derecho, y cuya memoria había sido arrojada como una caja vacía y olvidada, que olía a miel, chocolate y lavanda.

Su nombre era Margot. Y era mi madre.

CAPÍTULO 6. LA HERENCIA

Violeta tenía dieciséis años cuando hizo su primer caramelo con veneno. Lo hizo con frialdad y tranquilidad, sin ira ni lágrimas, con la seguridad de alguien que está listo para la venganza.

Violeta vivía con su tía Claire, hermana de su madre, que había llegado al funeral con un vestido negro, los ojos enrojecidos y los labios que susurraban en voz baja: *pobre Margot, pobre niña*. Se llevó a Violeta no por amor, sino por deber, porque una niña de nueve años no puede vivir sola en una casa que huele a harina, cacao y miel de lavanda, donde en el suelo de la cocina todavía yacía el molde de cobre, oscurecido, como una vieja reliquia olvidada por todos.

La tía Claire vivía en el mismo pueblo donde había nacido Margot, junto a una casa de piedra igualmente antigua, con ventanas que daban a los viñedos, abandonados y salvajes, como si lloraran a la dueña que se había ido para siempre.

Violeta no lloraba delante de su tía. Lloraba por la noche, en su habitación, en silencio contra la almohada, para que nadie supiera que una muchacha de dieciséis años llevaba dentro un dolor tan incontenible por la separación de su madre, que se había convertido en su mundo.

Violeta hacía dulces cada día, al amanecer, como su madre,

en la cocina, con el molde que la tía Claire, en aquellos días difíciles, había recogido de la casa de Margot y colocado sobre la mesa de la despensa, sin tocarlo durante siete años, hasta que Violeta pidió: *tía, quiero hacer dulces, como mamá*. Y la tía Claire asintió, no porque quisiera, sino porque no podía negarse, porque en los ojos de la muchacha no había un ruego, sino una vocación, predicha por el destino.

Una mañana, mientras Violeta amasaba la masa, la tía Claire entró en la cocina y se detuvo en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, el gesto con el que siempre comenzaba una conversación importante.

Violeta, ¿estás segura de que quieres esto? dijo la tía Claire, y su voz era más suave de lo habitual, como si temiera asustar algo frágil. *¿Hacer dulces cada día al amanecer, como hacía Margot?*

Violeta no levantó la cabeza de la masa. Sus dedos se movían lentamente, con seguridad, dando a la masa la forma de una bolita perfecta, y respondió sin mirar a su tía:

No quiero, tía. Debo.

La tía Claire permaneció en silencio durante mucho tiempo, mirando las manos de Violeta, la masa, el molde de cobre sobre la mesa, y en sus ojos había miedo, ese miedo que se apodera de alguien cuando reconoce en otro los rasgos de quien amó y perdió.

Te pareces mucho a ella, dijo la tía Claire finalmente, y su voz tembló. Las manos, los ojos, la forma en que sostienes la masa, la forma en que callas cuando piensas.

Violeta levantó la cabeza y miró a su tía, y en sus ojos verdes había algo más viejo que dieciséis años, más viejo que el dolor, más viejo que la memoria.

No soy Margot, tía, dijo Violeta en voz baja. Hago dulces con amor, como ella quería. Pero dentro de ellos pongo algo más. Algo que mamá no sabía. Algo que me enseñaron no sus manos.

La tía Claire se quedó inmóvil. Sus dedos se apretaron sobre sus antebrazos, y dio un paso atrás, como si hubiera oído una sentencia.

Violeta, ¿qué quieres decir? dijo la tía Claire, y su voz se volvió más firme.

Pero Violeta ya había vuelto a la masa. Sus dedos se movían, y la masa tomaba forma, y no respondió. Y la tía Claire permaneció en la puerta durante mucho tiempo, mirando a su sobrina, sin saber qué decir, qué hacer, cómo detener lo que ya había comenzado. Finalmente, simplemente salió de la cocina, cerrando la puerta tras de sí tan suavemente como se cierra la puerta de un dormitorio donde alguien duerme.

Violeta amasaba la masa, derretía el chocolate, rallaba el cacao, tostaba las almendras, añadía miel de lavanda, todo como su madre, según la receta, de memoria. Pero añadía también otra cosa, que no estaba en las recetas de Margot, que no olía a noche ni a amor. Hierbas, extractos, raíces, hojas, flores, lo que Violeta encontraba en el bosque, en el campo, en el jardín, lo que leía en viejos libros del desván de la tía Claire. Esos libros olían a polvo y moho, y en ellos estaba escrito cómo matar, cómo curar,

cómo adormecer, cómo despertar. Y Violeta los leía por la noche, a la luz de una vela, y absorbía el conocimiento como la tierra absorbe la lluvia, y sabía lo que saben las mujeres de su linaje: la dulzura esconde mejor el veneno que la amargura, y el amor no salva a quienes han sido traicionados por los suyos.

Una noche, mientras Violeta leía a la luz de una vela, la tía Claire entró de nuevo en su habitación. No llamó. Simplemente abrió la puerta y se detuvo en el umbral, y Violeta no tuvo tiempo de esconder el libro, y la tía Claire vio el título, vio los dibujos de las hierbas, vio las fechas y las anotaciones al margen hechas por la mano de Violeta, pequeñas, ordenadas, como las de alguien que sabe lo que hace.

Violeta, ¿qué es esto? dijo la tía Claire, y su voz era baja pero firme.

Violeta no respondió de inmediato. Cerró el libro, puso la mano sobre la cubierta, como se pone la palma sobre algo que no se quiere entregar, y miró a su tía, y en sus ojos no había ni culpa ni miedo, solo tranquilidad, esa que llega a quien ha tomado una decisión hace mucho tiempo.

Es lo que necesito, tía, dijo Violeta. Es lo que me ayudará a terminar. Lo que mamá no terminó. Lo que Henri no le permitió terminar. Lo que Luisa le ayudó a destruir.

La tía Claire permaneció en silencio durante mucho tiempo. Miró el libro, a Violeta, a la vela que ardía entre ellas, y la llama se balanceaba, y las sombras en las paredes se movían, y en esas sombras se perfilaba lo que la tía Claire no quería ver. Y no dijo

nada más. Simplemente se dio la vuelta y salió. Y Violeta oyó cómo la tía Claire caminaba por el pasillo, cómo crujían las tablas del suelo bajo sus pies, cómo cerraba la puerta de su habitación, y cómo detrás de esa puerta se hacía el silencio. Y Violeta sabía que la tía Claire no dormía, que yacía en su cama mirando al techo, y pensaba en Margot, en cómo era Margot, en cómo habría sido si Henri no hubiera llegado, si Luisa no la hubiera traicionado, cómo podría haber sido si Violeta no llevara dentro lo que lleva.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.